

EL ESPÍRITU SOPLA

Culto, liturgia y comunidad unida, en el aniversario (o pure - en la conmemoración) del Concilio Vaticano II.

Este texto se ha tomado de una parte del diario de Chiara Lubich del 4 de mayo de 1968.

«Si al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas entonces de que un hermano tuyo tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves y presentas tu ofrenda».

El culto divino y el amor a los hermanos que compone y recompone la unidad entre ellos no pueden ir en modo alguno separados.

Si una comunidad no se «realiza» en Cristo, en la comunión plena, es evangélicamente incapaz de presentar a Dios un culto digno.

En estos últimos tiempos el Concilio ha despertado este sentido de comunidad unida, y el Espíritu Santo, soplando de varias maneras, ha vuelto a desempolvar el Evangelio de la caridad.

¡Y qué falta nos hacía a los cristianos!

Por eso sentíamos muchas veces que no comprendíamos en todo su valor la liturgia.

Nosotros somos, por lo general, herederos de una religiosidad individual, que no presta demasiada atención a la caridad recíproca en la comunidad; y, aun quedando en el alma un cierto sentido del misterio que rodea las grandes acciones litúrgicas, se da también la incompreensión y la sensación de vacío con respecto a algunas de ellas, reducidas a veces a formas sin sustancia.

Todo esto porque el cristianismo está a menudo debilitado de su verdadera fuerza: la caridad.

Por otra parte, ¡qué riqueza de experiencia litúrgica nos podríamos esperar de un pueblo de Dios verdaderamente unido! El rostro de la Iglesia resultaría bello en todo su esplendor y atraería al mundo, como hacía Jesús con las muchedumbres.